

así en tierra de cristianos como de infieles. Mas aunque el Señor le dió á entender claramente que aquello era inspiración suya y que sería de no pequeña gloria y utilidad á la Iglesia española, como tan humilde y desconfiado de sí, quiso antes consultar el pensamiento con personas sabias y prudentes. Vivía por aquel tiempo en Collsacabra el P. Bach, y como fué, según se dijo, su director espiritual mientras hizo la carrera eclesiástica en la capital de la diócesis, no pudo menos de comunicar con él la obra á que Dios le llamaba; y como eran tan grandes sus deseos de anunciar las verdades del Evangelio á todo el mundo y de derramar su sangre por Jesucristo, determinó ir á Roma, si el parecer del Padre era contrario á la fundación, para entrar en la Congregación de Propaganda Fide, establecida en la capital del orbe cristiano, y ponerse bajo la obediencia de los superiores de la misma para que le enviaran á predicar á cualquier parte del mundo. Todo esto consta por la carta que escribió un sacerdote amigo suyo, al cual dijo el Sr. Claret: "Si el P. Bach dice que aún no es oportuno, me iré á las misiones extranjeras, pues, — añadió abrazando á su amigo, — tengo sed de derramar mi sangre por Jesucristo." El P. Bach, aunque no se opuso absolutamente á su proyecto, no le pareció bien la realización del mismo por entonces, en lo cual, sin saberlo, favorecía las trazas de la divina Providencia, que intentaba antes amaestrar teórica y prácticamente al futuro Fundador de los Misioneros Hijos del Corazón de María en el arduo ministerio á que le llamaba y en el modo de organizar el nuevo Instituto con vida duradera y acomodada á las necesidades de los presentes tiempos. "La caridad de Cristo me urge, — exclamó el Sr. Claret al ver que se le cerraba la puerta al primer camino; — yo no puedo resistir los impulsos interiores que me llaman á salvar las almas; y ya que no puedo emprender lo que había proyectado, tomaré el camino de Roma para que el Señor disponga de mí por medio de los que gobiernan la Congregación de la propagación de la Fe." Así lo verificó, como vamos á ver en el capítulo siguiente.



CAPÍTULO V

DEL VIAJE DEL SEÑOR CLARET Á ROMA Y DE SU VUELTA Á ESPAÑA (1839-1840)

1. Preliminares del viaje. — Quiere juntarsele un compañero, y se frustra su intento. — Encuentro con los malhechores de *Font del Picassó*. — La Virgen santísima le libra de ellos y á los que antes que él habían sido arrestados. — Buena acogida que halló en su viaje hasta Marsella. — 2. Un ángel le sirve de guía y compañero mientras permanece en esta ciudad. — Se embarca para Civitá-Vecchia. — Lances curiosos de su navegación. — Llega á Roma, y la Providencia le depara albergue. — 3. Encuentro providencial. — Frústrase su entrada en la Congregación de Propaganda y entra en la Compañía de Jesús. — 4. Lo que aprendió en el Noviciado. — 5. Cómo creció en él su fervor, y en especial su devoción á la Virgen. — 6. Cae enfermo, y obligale el Señor á dejar la Compañía y volver á España.

1. Apenas corrió la noticia de que el Sr. Claret estaba determinado á emprender la carrera apostólica en las Misiones de infieles, sus deudos y sus queridos feligreses acudieron presurosos á suplicarle con instancia que no los abandonase. Lágrimas, ruegos, promesas de portarse mejor en adelante y seguir con mayor fidelidad sus consejos, todo, en fin, lo que podía ablandar un corazón, ya de suyo tan compasivo, como el del bondadoso Cura, se puso en juego admirablemente con el ingenioso artificio del amor para hacerle desistir de su proyecto. Por otra parte, el Prelado de la diócesis, aunque no le negó absolutamente la licencia, dióle claramente á conocer el sentimiento que tenía de desprenderse de tan celoso operario cuando más necesaria era su acción por la escasez del clero y por las críticas circunstancias traídas torpemente por la malicia de muchos y por los trastornos consiguientes á la guerra. En gran manera apesaraban todas estas cosas el tierno corazón del Siervo de Dios, pero su conciencia no le permitía resistir á los secretos impulsos con que el Señor le llamaba.

Consoló á unos y á otros como pudo y del modo que suelen hacerlo los santos, mas no por estos contratiempos mudó de propósito.

Dejados en buen orden los negocios de la parroquia, se fué á Barcelona para embarcarse en el puerto de esta capital; mas no siéndole posible alcanzar el pasaporte del Gobierno, tornó á Vich y de aquí pasó á Olot, donde residía su hermano José fabricante de profesión, por cuyo medio consiguió al fin el pasaporte que deseaba. Mas como este percance, junto con las instancias que muchas personas respetables le hicieron para que se quedara en la Península, le hicieran dudar algún tanto de la voluntad de Dios, fué á consultar con el P. Matavera, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, de Vich, hombre sabio y experimentado, á quien las iras liberales obligaron á refugiarse en el manso de la Tría de Perafita. Después de oír con respeto y caridad lo que le expuso el Siervo de Dios, le animó á no desistir de la empresa, porque sin duda alguna era inspiración del cielo. Con esta aprobación se preparó á emprender su viaje por tierra en el nombre del Señor.

Faltaban á la sazón en España muchos Obispos, unos por haber fallecido, sin que el Gobierno agenciara con la Santa Sede para llenar de un modo satisfactorio las vacantes, y otros expatriados por defender la Religión contra las opresoras leyes de los impíos que entonces tiránicamente regían los destinos de la nación; y como si esto no bastara para acabar con el clero y con la Iglesia, dieron una orden despótica por la que prohibían á los señores Obispos el conferir órdenes sagradas á los seminaristas. En tan angustiosas circunstancias, muchos estudiantes que habían terminado la carrera huían á los lugares ocupados por las huestes carlistas, donde la Iglesia española disfrutaba de completa libertad, ó á los países extranjeros, para poderse ordenar libremente y alcanzar con esto el fruto de sus estudios. De Cataluña especialmente iban muchos á Roma, porque les era más fácil salir de España aun sin pasaporte, por hallarse este país más cercano á la frontera. Uno de ellos concertó con el Sr. Claret acompañarle en su viaje; mas como no compareciese el día señalado y al siguiente le enviara á decir que no le era posible ir con él, partió solo y á pie, llevando consigo el equipaje, que consistía en una camisa, un par de medias, un pañuelo, la navaja de afeitar, un pei-

ne, el Breviario y la santa Biblia en un volumen muy pequeño, todo lo cual llevaba envuelto en un pañuelo.

Después de andar todo el día por caminos solitarios llegó á Castellá de Vich, en cuyo pueblo le acogió con mucha caridad el Cura párroco, obligándole á pernoctar en su casa. También los demás habitantes le dieron particulares muestras de estimación y respeto. A la mañana siguiente, celebrado el santo sacrificio de la Misa, continuó su viaje hasta Tosas, en donde se detuvo por las nuevas que le dieron de los bandidos, que se hallaban en el puesto por donde él había de pasar. Tranquilizada la gente del susto recibido por la aproximación de tan temibles huéspedes, siguió Claret su camino; mas he aquí que un poco antes de llegar á una altura de donde brota la fuente llamada *Font del Picassó* oye el grito de ¡alto!, lanzado con tono amenazador, y antes que tuviera tiempo de reflexionar vió delante de sí un hombre de aspecto feroz, que le detuvo apuntándole con el fusil. No se perturbó el Siervo de Dios por aquella temible aparición; y como el desconocido le dijera que le iba á presentar al comandante de la patrulla y lo pusiera por obra tomándole bruscamente por el brazo, el humilde prisionero no se resistió.

Llegó, en efecto, á la presencia del jefe, á quien rodeaban los diez hombres armados que formaban su partida, y á las muchas preguntas que éste le hizo respondió el Sr. Claret con gran serenidad y entereza.

—¿Lleva Ud. el pasaporte?— preguntó el jefe con seriedad.

—Sí, señor,— respondió el modesto sacerdote; y para asegurarle de ello lo sacó del bolsillo y se lo entregó, diciendo: —Ahi lo tiene Ud.

Examinólo aquél con diligencia, y luego se lo devolvió; pero admirado de la serenidad de sus respuestas y de que se hubiera atrevido á pasar por aquel sitio á pesar de los siniestros rumores que corrían, repuso con cierto aire de curiosidad:

—¿Por qué no ha ido Ud. por Puigcerdá?

—Para mí,— replicó el viajero,— lo mismo es ir por allí que por aquí, pues quien va bien despachado puede pasar por donde quiera.

Mientras estaban de esta manera conversando despidieron muchas personas arrestadas. Al fin, el capitán añadió:

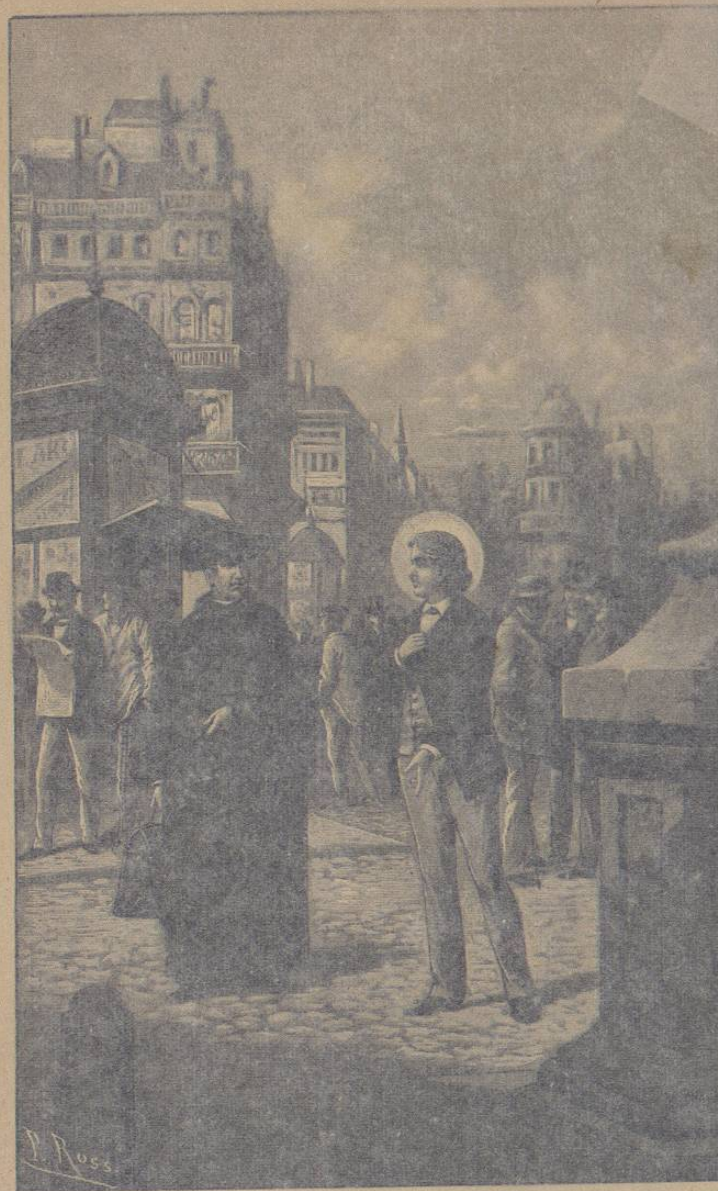
—Le voy á presentar al señor gobernador de Puigcerdá.

—No tengo yo por qué temer al señor Gobernador,—arguyó el Sr. Claret;—antes ustedes son los que deben temerle por haber detenido á un hombre que lleva consigo los debidos documentos.

Fuese por esto, ó, lo que parece más probable, porque se persuadieran que semejante prisionero más les serviría de estorbo y embarazo á sus malvados proyectos que de provecho y utilidad, le impusieron silencio sobre aquel encuentro y le dieron ocasión para escaparse, sin haberle quitado cosa alguna de las pocas que llevaba. El lo atribuyó á la protección de la Virgen santísima, porque aquel día era sábado, y como consagrado á su honor la había invocado de un modo especial para que le defendiese de todos los peligros, y en el mismo acto del lance acudió á Ella en lo secreto de su corazón, y es de creer que el Señor, por estas oraciones de su humilde Siervo y ferviente devoto de su Madre, concedió también la libertad de las otras personas arrestadas y no permitió que les causaran algún daño, cosa rara y maravillosa en aquellos malhechores, que para encubrir sus cohechos y fechorías se llamaban *Defensores de la Reina*.

No fué tan afortunado el estudiante que debía acompañarle, porque pasando por allí pocos días después le robaron todo el dinero que llevaba y ni siquiera perdonaron su equipaje, y añadiendo afrentas á las injurias, le desnudaron del todo para ver si ocultaba alguna cosa.

Llegó el Siervo de Dios aquella tarde á Osseja, pueblo del territorio francés. Hiciéronle en él muy buena acogida, y le cambiaron el pase por otro que le sirviera en aquella nación. La divina Providencia, en cuyas manos bienhechoras se había puesto con la confianza con que el tierno niño en los brazos de su madre, con frecuencia le ponía delante quien le proveyese de lo necesario. En Olette, los muchos españoles eclesiásticos y seglares que allí vivían ansiando el momento de poder volver á su querida patria, prendados de la virtud del pobre caminante le instaron para que se quedase con ellos, ofreciendo servirle en cuanto estuviera á su alcance; pero él, fijo el pensamiento en su vocación, agradeció cortésmente la generosa oferta y pasó adelante. En Prades ejercitaron con él la caridad dándole de comer. En Perpignan cambiáronle otra vez el pasaporte con uno que le sirviera para su viaje á



J. Thomas y C.^o — Barcelona

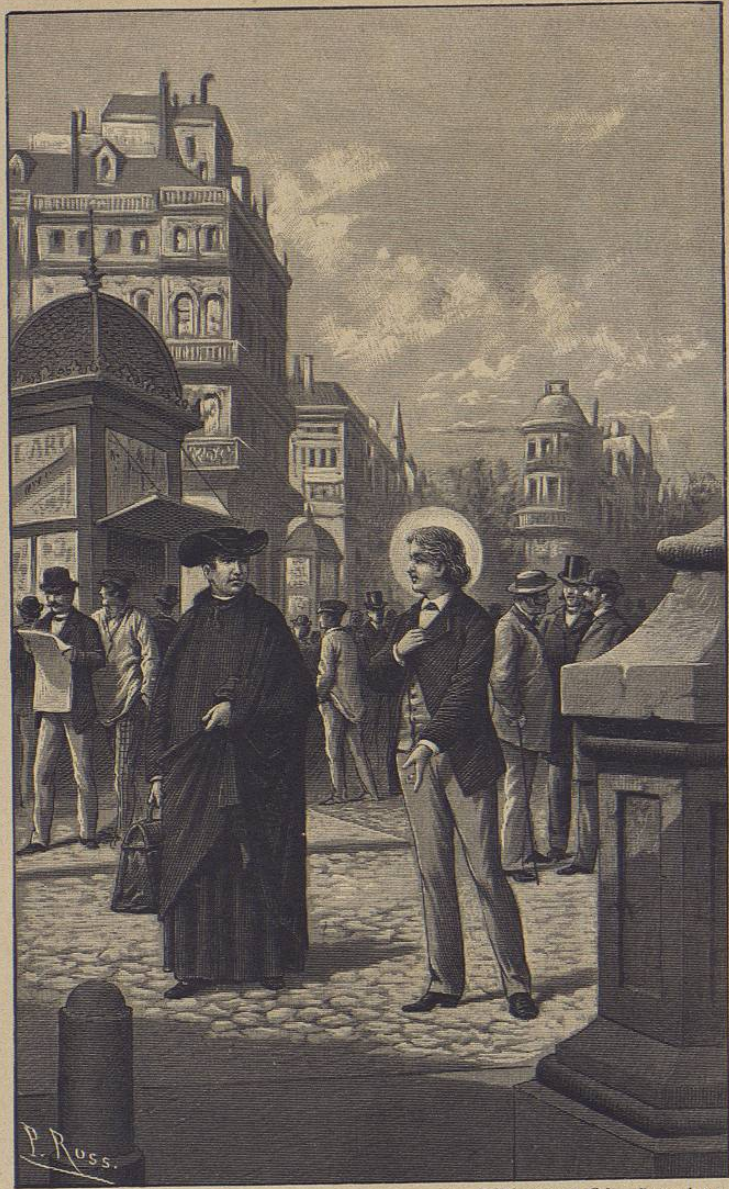
De paso en Marsella para Roma el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de joven que le sirve de guía.

— antes Estados... que deba temerle...
...a un hombre... consigo los de...

...ó, lo que parece más probable, por que se...
...semejante prisionero más les serviría de es...
...a sus malos proyectos que de provecho...
...silencio sobre aquel encuentro; y le...
...para escaparse, sin haberle quitado cosa alguna...
...que llevaba. El lo atrajo a la protección...
...sima, porque aquel día era sábado, y como con...
...había invocado de un modo especial para...
...de todos los peligros, y en el mismo acto del...
...a Elia en lo secreto de su corazón, y en su...
...por estas oraciones de su humilde siervo, y por...
...de su Madre, concedió también la libertad a las...
...personas arrestadas y no permitió que les causaran...
...daño, cosa rara y maravillosa en aquellos malhechores,
...para encubrir sus cobechos y rictorias se llamaban *De-*
fensores de la Reina.

No fué tan afortunado el estudiante que debía acompañar-
le, porque pasando por allí pocos días después le robaron todo
el dinero que llevaba y ni siquiera permitieron su equipaje, y
añadiendo afrentas á las injurias, le desahucaron y no le
dejaron ocultar alguna cosa.

Llegó el Siervo de Dios aquella tarde á Osseja, pueblo del
partido de francos. Hicieronle allí una buena acogida, y le
acompañaron el paso por ser que le sirviera en aquella nación.
Por la Providencia, un vecino franco le acompañó y se ha-
bla mucho con la confianza de que el Siervo está en los bra-
zos de su madre, sea trocena la poca fe de quien le pro-
curase de lo necesario. En Olerde, los muchos españoles ecle-
siásticos y seglares que allí vivían al momento de
poder volver á su querida patria, presadados de la virtud del
pobre caminante le instaron para que se quedase con ellos,
ofreciendo servirle en cuanto estuviera á su alcance; pero él,
he el pensamiento en su vocación, agradeció cortésmente la
generosa oferta y pasó adelante. En Prades ejercitaron con
él la caridad dándole de comer. En Perpignan cambiáronle
una vez el pasaporte con uno que le sirviera para su viaje á



J. Thomas y C.^a — Barcelona

De paso en Marsella para Roma el Siervo de Dios, se le aparece un ángel en forma de joven que le sirve de guía.

Roma. En Montpellier, en Nimes y en todas partes salíanle al encuentro sujetos que parecían enviados de Dios para hospedarle. Pero merece singular mención lo que le acaeció en Marsella.

2. Poco antes de llegar á esta ciudad se le juntó un cumplido caballero que le condujo á una buena posada, en donde permaneció los cinco días que mediaron hasta su embarcación. El día siguiente á su llegada, preguntando al primero que topó en la calle dónde vivía el Cónsul español, respondióle aquél: "Venga Ud. conmigo." Y sin más cumplidos ni antecedentes se hizo su fiel y constante compañero; llevóle al consulado, le hizo despachar el pasaporte y le volvió á la posada. Cada día, por el tiempo que estuvo en Marsella, iba á llamarle á su aposento y le conducía á las iglesias y á otros lugares piadosos, pero jamás á lugares profanos. Era el desconocido un joven de finísimos modales, modesto, atento y sumamente amable. Con trazas más de ángel que de hombre, parecía enviado por un gran señor para que cuidase con esmero del Sr. Claret, el cual aseguró después que nunca le vió comer, pues á la hora de la comida se separaba de él y luego volvía á encontrarle. Llegado el día y la hora de la embarcación, presentóse el gallardo mancebo en la posada, cogió el hatillo del viajero, le acompañó al puerto, despidióse de él al entrar en el buque, y cuando éste echó á andar, le perdió Claret de vista, quedando de todo esto no poco maravillado y sumamente agradecido. Excusado es decir que por tan señalados servicios no tuvo que pagar el Siervo de Dios ni un solo maravedí, á más de que no le era posible, pues viajaba sin dinero.

Antes de salir al puerto había rezado Vísperas y Completas, y para el viaje marítimo se había provisto de un poco de pan y queso, que fué su único alimento en los cinco días de travesía para llegar á Civitá-Vecchia.

Embarcóse en el buque *Tancredo* en el mes de Octubre, y entre los tripulantes, que el curso de los acontecimientos había allí reunido, hallábanse unos religiosos benedictinos de Navarra, quienes á causa de la traición del general Maroto y de las persecuciones á que con esta ocasión se vieron expuestos, huían de la patria con dirección á Roma. Contáronle sus trabajos y la necesidad que entonces padecían, y él como pudo

los consoló, animándolos á esperar en la Providencia del Señor. También vió entre los pasajeros de esta embarcación al joven ordenando que debía haber salido con él de Cataluña, quien le refirió, con el triste ademán que se deja entender, el desgraciado encuentro con los salteadores pirenaicos y cómo le robaron cuanto llevaba, hasta dejarle desnudo. El Sr. Claret, para remediar la miseria de aquel infeliz, le socorrió en lo que pudo, dándole parte de su pobreza.

Fiel imitador de Jesucristo y de los Apóstoles, escogió en la nave el lugar más humilde, más pobre y más incómodo, pagando el flete de sobre cubierta y en la parte de la proa, que era el sitio más barato de la nave. Separado de los demás viajeros, rezó el santo Rosario y todas las devociones que tenía de costumbre, y púsose á descansar sentado en un montón de cuerdas arrolladas, con la cabeza inclinada sobre un cañón de artillería que estaba en la tronera. Acostumbrado á la meditación y á aplicar á las diversas circunstancias de su vida los hechos que de Cristo nos refieren los santos Evangelios, estas mortificaciones, aunque de suyo ásperas y dificultosas, se le hicieron muy suaves y llevaderas, porque luego se le ofreció al pensamiento el descanso que tomaría nuestro divino Salvador cuando navegaba con sus discípulos.

Esta meditación fué tan oportuna, que para mayor semejanza entre la navegación de nuestro Santo y la de Cristo, permitió el Señor se levantara aquella noche una tan recia tempestad que el agua entraba en el navío, cruzando las olas la cubierta y mojando cuanto en ella había. Recogió el bendito Antonio la Biblia y el Breviario, los envolvió en el hatillo de su ropa, se los puso junto al pecho y los cubrió con el balandrán y el sombrero. Cuando la furiosa ola le alcanzaba, doblaba el cuerpo por delante, para que, deslizándose el agua por las espaldas, á lo menos sus libros quedaran enjutos. Y como si esto no bastara para probar la paciencia inalterable del Siervo de Dios, á la tempestad siguió abundante lluvia; de manera que el pobre viajero á la mañana siguiente se halló enteramente calado y con la frugal provisión de pan y queso mojada también, y bien salada por cierto, y así hubo de comer de ella: "mas con la mucha sal y mi buen apetito, — decía él con gracia, — me fueron el pan y el queso muy sabrosos, y aun por ventura de mayor provecho."

Al día siguiente de su navegación, admirado de la tranquilidad y resignación con que llevó aquel percance, se le acercó un caballero inglés que iba en el buque y llevaba en él su coche, sus criados y otras cosas de lujo y regalo. Saludó al humilde sacerdote con mucho respeto y cortesía, trabó amigable conversación con él, y entre otras cosas de edificación le dijo que él, aunque nacido en país protestante, era, por la misericordia de Dios, católico y que tenía grande afecto á los sacerdotes católicos, de cuyo trato y conversación gustaba mucho. Después de haber estado un buen rato platicando con el Siervo de Dios, le pidió su venia para retirarse por un momento, pero en breve apareció otra vez con una bandeja en la mano en la que llevaba muchos duros. Ofreciólos á nuestro Antonio como una pequeña limosna para remediar en algo su pobreza, y éste los aceptó por no parecer descortés y por el mucho amor con que el caballero se los ofrecía. Mas luego de recibidos los repartió entre los pobres benedictinos y el infortunado ordenando, sin conservar nada para sí.

Este acto singular de generosidad y desprendimiento, hecho con sencillez y naturalidad y sin sombra de vanidosa afectación, edificó tanto al caballero inglés que le dió su nombre por escrito y la dirección de su palacio en Roma, para que fuese á visitarle y le pidiese cuanto hubiese menester. No menos espantados y maravillados quedaron los demás pasajeros, y más cuando vieron que de los manjares comprados con aquel dinero, y que los agraciados con insistencia le ofrecían, no quiso tomar bocado, sino que se contentó con su pan y queso humedecidos y salados. Diéronle todos muy particulares muestras de estima y veneración, y algunos de ellos le obligaron á aceptar algunas monedas, que distribuyó como las anteriores entre sus paisanos víctimas del infortunio.

Por las muestras de simpatía que estos actos de virtud le habían granjeado, se confirmó nuestro Padre Fundador en la idea de que para mover á las gentes á obrar el bien é introducir en ellas buenas y virtuosas costumbres, el mejor medio y el más eficaz es el ejemplo. Así, con la mortificación, el desprendimiento y la caridad para con el prójimo iba labrando su alma y disponiéndose para la importante obra de las santas Misiones.

Después de cinco días de navegación más ó menos prós-

pera, llegó á Cività-Vecchia, en donde desembarcó, y desde allí se fué á pie hasta Roma, término de su viaje. Llegó á esta capital como á las diez de la mañana; los religiosos benedictinos se fueron luego á un convento de su Orden, pero el Siervo de Dios no quiso dejar al joven ordenando catalán hasta instalarle en alguna casa de confianza donde hubiese otros paisanos que pudiesen ayudarle y dirigirle. Caminaban los dos á pie por las calles de la Ciudad Eterna en busca de hospitalidad, y fueron á dar á las puertas del convento de la *Transpontina*, perteneciente á la Orden carmelitana. La divina Providencia les había conducido allí, sin que supieran ellos quién lo habitaba, pues fué el primero que se les presentó á la vista. Llamaron en él, y preguntaron al portero si había en la Comunidad algún religioso catalán. Por dicha de los pobres viajeros lo era el Superior, Rmo. P. Comas, quien los recibió con muestras de particular afecto y los acompañó por sí mismo al convento de San Basilio, en donde habitaban en no muy buena paz y armonía varios jóvenes catalanes que, como el compañero del Sr. Claret, habían ido á Roma á recibir las sagradas órdenes.

3. El celoso aspirante á la sagrada Congregación de Propaganda Fide aposentóse interinamente en San Basilio hasta tanto que llegara el tiempo de ser admitido en ella. Los ordenandos españoles de un grupo de los dos, que en aquel convento moraban, á causa del mal reprimido genio de algunos, vivían, por desgracia, desunidos. Pero ¡cosa admirable!, desde que el Sr. Claret habitó con ellos reapareció como por encanto la concordia, y con su amabilísima presencia desterró de allí hasta la sombra de enemistad y desunión. “Mosén Antonio Claret, — decía uno de ellos, que no había tomado parte en las rencillas, — ha sido el ángel de la paz: desde su llegada vivimos todos como hermanos (1).” Los ojos del joven de quien son estas palabras se habían fijado por vez primera en el amable huésped, como si vieran en él alguna cosa extraordinaria, y acaso también los del P. Claret se habían fijado en aquel ordenando, cuyo semblante revelaba un carácter enérgico y vigoroso, entusiasta del bien, emprendedor y constante para llevar felizmente á cabo cualquier empresa. Como pertenecían

1) Relación del Rmo. P. José Xifré.

á distintos grupos, apenas se hablaron; pero el Señor hizo que allí se vieran y comenzaran á saber el uno del otro.

El joven ordenando, en su modo de hablar, descubría un alma grande, una inteligencia clara y despejada, una fe vivísima que servía de base á sus racionios y presagiaba en sus futuros discursos aquella elocuencia varonil, de expresión concisa y enérgica, que aterraba y persuadía con la fuerza de una lógica inquebrantable. Este joven, de carácter férreo, pero domoñado por un sentimiento de profunda fe que inspiraba todos sus actos, era el hombre providencial que el Señor destinaba al P. Claret para ayudarle en la fundación del nuevo Instituto de Misioneros Hijos del Corazón de María y ser como el segundo Fundador de él, organizándolo y extendiéndolo por todas las partes del mundo. Se vieron, pero no se acabaron de comprender, porque el proyecto del uno no había aún madurado suficientemente, y hasta parecía irrealizable por el propósito que tenía el Sr. Claret de entrar en la Propaganda, y la vocación del otro no se había despertado aún, por más que las grandes energías reconcentradas en la persona del admirable joven manifestaran claramente su destino á heroicas empresas. Este joven es hoy un venerable anciano de setenta y siete años de edad, coronado de laureles y Superior General de la Congregación de Misioneros Hijos del Corazón de María hace ya más de treinta y seis años. Goza de buena salud y lleva una vida azarosa y agitada con continuos y largos viajes, emprendidos no pocas veces al través del Océano por el bien de nuestro Instituto. Pero dejemos ahora este feliz y providencial encuentro; más tarde los veremos reaparecer en la escena para dar comienzo á la grande obra, hasta coronarla con éxito feliz á costa de muchos sudores y fatigas.

No perdiendo el Sr. Claret de vista el objeto que le había traído á la capital del orbe cristiano, fué luego á visitar al ilustrísimo Sr. Vilardell, recién consagrado obispo del Líbano, á quien iba recomendado por medio de una carta que llevaba consigo; pero no le halló porque había ya salido de Roma con dirección á su destino. Preguntó entonces por el eminentísimo señor Cardenal Prefecto de la Congregación de Propaganda; mas como era entonces el mes de Octubre, durante el cual vacan casi todas las Sagradas Congregaciones para que los empleados de ellas puedan descansar algún tanto de sus penosas